

Tema 5: La muerte de Jesús

Ante todo, lo mejor que puedes hacer antes de seguir leyendo estos “apuntes” es que **leas la Pasión y Muerte de Jesús**, como se narra en cada uno de los cuatro evangelios (Mt 26-27, Mc 14-15; Lc 22, 23 y Jn 18-19) De esta lectura sacarás una idea mucho más aproximada de **lo que pasó en torno a Jesús** y de las **causas** de su muerte. Uno de los objetivos más importantes de estos *apuntes* es que te entren ganas de comprobar por ti mismo, en la lectura directa de los textos del Evangelio, lo que aquí se apunta.

5.1 Antecedentes al proceso a Jesús.

Jesús entró en Jerusalén –como narran los Evangelios sinópticos- cerca de la fiesta de Pascua y realizó un gesto profético: “*la purificación del templo*”. En realidad, dicho “gesto” tenía un alcance mucho mayor de lo que ahora nos parece. Jesús venía a decir que, a partir de entonces, el Templo quedaba superado como lugar privilegiado de *encuentro con Dios*, él mismo se atribuía esa función de *mediación* entre los hombres y Dios. En palabras de uno de los autores citados: “Jesús buscó *provocar* una respuesta, y tuvo que ser Jerusalén y el Templo el escenario de su *gesto*. La intención real de Jesús fue la de urgir una respuesta en torno a su persona y su mensaje”. (obra citada, BARTOLOMÉ J.J., pág. 127) Es seguro que los dirigentes judíos pensaron que la *provocación* del Nazareno había ido demasiado lejos, y decidieron matarlo. Tenían que hacerlo tomando ciertas precauciones, por la popularidad de Jesús, y metiendo en el ajo a los romanos, en concreto al procurador de Judea, Poncio Pilato, único que tenía la autoridad de aplicar la pena de muerte.

Estando así las cosas, parece muy probablemente *histórico* el hecho narrado en los evangelios de que uno de los suyos -*Judas*- le traicionase, y señalara ante las autoridades del templo dónde encontrarle solo e indefenso. La cena de despedida de Jesús con los suyos (que solemos conocer como “Última Cena”) coincidió con la cena pascual judía (Esta Cena de Pascua era un recuerdo vivo de la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto). Tras la muerte y resurrección de Jesús, sus seguidores dieron a esta Cena el sentido de la *Nueva Pascua*, sellada con la sangre del propio Jesús. No estaría mal que vieras la narración de esta Cena en algunas de las siguientes citas: Mt 26, 17-30; Lc 22, 7-23; Jn 13, 21-30; Mc 14, 12-26. Es seguro que a los pocos años de morir Jesús (hacia el año 50 d.C.) los cristianos celebraban ya la Eucaristía como repetición y actualización viva de la Última Cena, porque así se cuenta en un texto anterior a los evangelios, en la 1ª carta de Pablo a los Corintios. Dice Pablo: “yo recibí la Tradición que os he transmitido: “que el Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, **tomó pan** y, después de dar gracias, lo partió y dijo: “esto es mi cuerpo entregado por vosotros...” (1Cor 11, 23-25). Por eso la Eucaristía siempre ha sido y será el centro de la vida de cualquier grupo que se considere seguidor auténticamente de Jesús, porque cumple el último deseo de Jesús antes de morir: “*Haced esto en recuerdo mío*” (Lc 22, 20). Pablo concluye así: “*Siempre que coméis de este pan y bebéis de esta copa estáis proclamando la muerte del Señor hasta que vuelva*” (1 Cor 11, 26).

(Por eso, igual que no se puede ser seguidor de Jesús si no se ama y perdona a los demás, es bastante dudoso que se pueda ser “buen cristiano”, sin celebrar su “Memoria” -o sea la Eucaristía- sobre todo si esa actitud es continua...).

Después de la cena, los tres evangelios sinópticos nos narran la *oración angustiada* de Jesús en el Huerto de Getsemaní. (cfr. Mt 26, 36-46; Mc 14, 32-42 y Lc 22, 39-46). Esta escena subraya, sobre todo, la *humanidad* de Jesús; a la vez que tiene un fondo *histórico* indiscutible: como cualquiera de nosotros, Jesús no quiere morir, y lo pasa muy mal viendo lo que se le viene encima. Si a esta escena añadimos sus últimas palabras según el evangelio de Marcos: “Jesús gritó con fuerza: “*Dios mío, Dios mío!*”, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34), puede que entren algunas dudas sobre la idea que tienen muchos cristianos de que Jesús sabía “*todo*” desde el principio, y que “no había problemas, porque luego iba a resucitar”, como si su muerte hubiera sido una especie de teatro o hubiera truco o algo así... (como era Dios –piensan algunos, pues, sólo sufriría de mentirijillas...). Y de eso, ¡nada!; Jesús llegó a sudar, incluso, *sangre* (como dice Lc 22, 43), y a sentirse *abandonado de Dios*, ¡lo cual es muy fuerte!; pero así fue. En el punto siguiente, veremos que **Dios actuó...**, ¡pero sólo, después!

5.2. Tras ser arrestado en el Huerto de los Olivos, **se desarrolló el proceso a Jesús**, que fue “doble”: **religioso y político**.

5.2.1. El proceso religioso consistió en lo siguiente: (Cfr. Mc 14, 53-66; Mt 26, 57-66; Lc 22, 54-55.63-71; Jn 18, 12-18)

El Consejo de Ancianos o *Sanedrín*, presidido por el sumo sacerdote, interroga a Jesús. Parece ser –por anteriores citas (Mc 14, 55)- que ellos están decididos *condenar* a Jesús a toda costa; para ello **buscan testigos** que lo acusen. Varias personas opinan contra Jesús, pero sus testimonios no coinciden. Al final dos testigos coinciden en la *acusación* (Mt 26, 60-61). Esto es importante, porque según la Ley, el Tribunal no puede admitir una acusación si no coinciden en ella al menos dos personas (Dt 19, 15). La **acusación** es doble y muy **grave**: Jesús quiere *destruir el Templo* de Jerusalén, lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Y ha llegado a afirmar que ese Templo está “*hecho por manos humanas*” (expresión que es frecuente en el A.T. para ridiculizar a los ídolos). Así, pues, **dos testigos** le acusan de *querer destruir la religión judía*, simbolizada en el Templo, porque la considera una corrupción idolátrica de la verdadera relación con Dios. Además se le acusa de *arrogarse el poder de construir otro Templo nuevo*, cosa que sólo Dios puede hacer: en el A.T. es Yahvé quien determina si se construye el Templo o no, y cómo debe ser. Jesús es acusado de ponerse a la altura de Moisés y Salomón, realizadores de los dos santuarios que Yahvé tuvo en Israel (la Tienda –con las Tablas de la Ley- durante el desierto y el Templo en Jerusalén). **Jesús no responde a esas acusaciones.**

El **Sumo Sacerdote** en el interrogatorio, al no haber dado resultado satisfactorio para ellos, en el primer encuentro, ya que Jesús no se da por aludido, se levanta y le pregunta directamente. Mateo resalta con gran énfasis la importancia del momento: Quien pregunta es la máxima autoridad de Israel; lo hace de pie, postura que señala la solemnidad; utiliza una “fórmula” que es la más fuerte del sistema jurídico, pues apela al mismo Dios para que Jesús manifieste clara y definitivamente su *identidad*. Es decir, Israel, el pueblo elegido de Dios que espera el cumplimiento de las promesas pregunta a Jesús oficialmente, por medio de su representante más cualificado: “*¿Eres tú el Mesías?*”.

Y he aquí la respuesta de Jesús, que constituye el punto central del relato: “**Sí, lo soy!**” (Mc 14, 62). Aquí Jesús rompe el secreto mesiánico que, según el evangelio de Marcos, ha

mantenido a lo largo de su vida pública. Confiesa que Él es el Mesías esperado por Israel. Es un momento de clara *paradoja*: Jesús se revela en toda su dignidad mesiánica precisamente cuando va a ser condenado. Jesús se ha atribuido, de alguna manera, una *dimensión celeste, divina*. Esto a los oídos de un auténtico judío, constituye una blasfemia. La reacción del Sumo Sacerdote es inmediata (siguiendo una de sus tradición, se rasga las vestiduras) y exclama: ¡**Blasfemia!**

Resumiendo, los motivos por los que le condenan son los siguientes:

.Por **blasfemo**: “*Destruid este templo... Yo construiré otro Nuevo*”.

.Por declararse **Mesías**: “*Le preguntó el Sumo Sacerdote: Tú eres el Mesías*”. Y él respondió: “*Sí, Yo lo soy*”.

.Por haber cometido **desacato** al santo tribunal del Sanedrín, por haberse apartado de la “religión oficial” –anteriormente- (en las palabras y en las actuaciones), por actuar con independencia...: “*Se os ha dicho.... pero Yo os digo*”

5.2.2. El proceso político:

El Sanedrín podía “condenar” pero no “ejecutar”; o sea, el llevar a cabo una “condena a muerte” sólo la podía realizar el Procurador Romano. Por eso, después de la sesión que habían tenido con Jesús en el Sanedrín, las autoridades religiosas, deciden llevárselo a la máxima autoridad política, que es Poncio Pilato. Pero ellos saben que sus “acusaciones”, por las que le “condenaban” a muerte, ante Pilato tienen poca validez: son motivos más bien de tipo “religioso”. Por eso, tienen que buscar otro tipo de acusaciones que tengan un matiz más “político”. Los evangelistas hacen ver esta “paradoja”: los judíos acusarán a Jesús ante el Procurador de la nación ocupante a un compatriota por proclamarse “rey”. La transformación de estas acusaciones responde a la necesidad de que Pilato tome en serio la demanda de los judíos. Una acusación por un delito religioso, no hubiera obtenido la “condena a muerte”, pues Pilato lo hubiera remitido a sus leyes y a su justicia (Jn 18, 31). Pilato aparece en los evangelios sinópticos como una figura *ambigua*. Parece convencido de la inocencia de Jesús (Lc 23, 4.13.25), y no quiere entrar en el juego de los jueces judíos. Por otra parte, Jesús insinúa, al responder a Pilato, que no aspira a ser “rey en sentido político” (Lc 23, 3). Por eso, Pilato hace varios intentos de soltarle: Cuando se entera, por ejemplo, de que es “galileo”, le envía a **Herodes**, que se encuentra en Jerusalén para celebrar la Pascua y a quien corresponde en principio juzgar un delito de un súbdito suyo (Lc 23, 8-12). Y cuando Herodes –después de haberse mofado de Jesús- se lo devuelve, Pilato aprovecha una costumbre de la época para intentar liberar a Jesús. Barrabas era probablemente celote, y a Pilato le interesa más liberar a Jesús que a un cabecilla peligroso. Ante la presión del pueblo, guiado por los dirigentes, Pilato termina realizando un gesto absolutamente incomprensible en un gobernante: declina toda responsabilidad (con el *gesto de lavarse las manos*). Pero el pueblo sigue insistiendo, y Pilato **entrega a Jesús para que sea crucificado**. Pilato ha ido cediendo cada vez más... hasta que termina por entregárselo, pronunciando la sentencia de muerte. El texto se cierra con la burla que los soldados hacen de Jesús como “rey” (corona de espinas, manto rojo (propio de “locos”), caña como cetro...).

Resumiendo, **las acusaciones** que le han ido haciendo los judíos ante Pilato son las siguientes:

.Por **alborotar al pueblo** con su **doctrina**, por alterar el orden... (*Hay que decir que, como bien sabemos, Jesús nunca soliviantó al pueblo, y menos por motivos políticos; aunque sí dio motivos para ello*).

.Por **oponerse** a que se pagara el “**tributo**” (impuestos) al Cesar. (*Jesús no se opuso claramente a la paga de impuestos; aunque tampoco dijo que hubiera que hacerlo. Para él, por encima del Cesar (moneda) estaba el “obedecer a Dios”*).

.Por proclamarse “**rey de los judíos**, de Israel” (*Esto es muy llamativo, ya que nunca lo pretendió, ni lo aceptó cuando se lo quisieron proponer. Su Proyecto no era “político”, sino “religioso”*).

Así, pues, **Jesús fue condenado a muerte**, de alguna manera, **por los dos poderes** “oficiales”, el “político” e instigado por el “religioso”. Resulta muy significativo ver cómo *poderes* (y otros grupos) que se llevaban muy mal entre ellos, se pusieron de acuerdo para eliminar a un “**inocente**”.

(¿*Qué peligro vieron en el pobre profeta galileo para que les urgiera tanto la muerte...?* (En la película de “*Jesucristo Superstar*” –si eres capaz de pasar por encima de la música- puedes ver cómo trata este proceso de la muerte de Jesús).

Las actitudes de unos y de otros las podemos resumir también así:

. **Los judíos:** estaban empeñados en eliminarle a costa de lo que fuera. Saben que **no es culpable** –de lo que le acusan-, pero, así –matándole- salvan su situación, sus intereses...

. **El poder político**, o sea Pilato: se muestra como lo que es “*político*”; quiere salir airoso... Para complacer a los judíos *castiga* primero a un inocente. Después declina la responsabilidad en Herodes. Busca a continuación en el Pueblo la decisión –*Barrabás o Jesús*-. No quiere que lleguen las quejas arriba, a Roma... Y por fin, firma la sentencia de muerte: ¡“**crucifícadlo**”!. Además *se lava las manos*, echando la responsabilidad sobre el pueblo. En el fondo la **única razón** por la que manda matar a Jesús, no tanto porque le considere “culpable”, sino **para mantener su puesto**. Comete una “injusticia”, sabe que Jesús es “inocente”, y sin embargo lo entrega a la muerte.

Durante siglos se ha intentado echar **la culpa** de la muerte de Jesús **a las instituciones judías**, en una postura bastante “excluyente”, por cierto, e “hipócrita”, porque... allí –con las actitudes que tenemos- hubiéramos intervenido “todos”, cada uno con mayor o menor grado de responsabilidad, pero muy parecido a lo que hicieron los distintos personajes que intervinieron. La falsa “justificación” de ese **rechazo hacia los judíos** puede que venga de una frase que aparece en el Evangelio de Mateo, cuando el pueblo judío dice una expresión propia del A.T.: “*¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*” (Mt 27, 25). Quien pronunciaba esta frase –según la mentalidad judía- estaba afirmando que se hacía “responsable” de la muerte que se exigía (Cfr. Lv 20, 9; 2Sam 1, 16; 3, 29). Nosotros nos preguntamos si es justa esa imputación solo a ellos? O más bien tendríamos que fijarnos en lo que dice el escritor ruso Fedor Dostoyevski en su obra *El Gran Inquisidor*. En dicho relato, Cristo vuelve a “encarnarse” en nuestro tiempo; y vuelve a ser “condenado”, porque los jefes de un mundo esencialmente injusto no toleran al que es completamente “justo”, y denuncia la injusticia. Es decir hoy pasaría más o menos lo mismo que entonces. No se trata de un problema de entonces sino de “siempre” –sobre todo si hay actitudes como las de allí-.

5.3. Algunos momentos de la Pasión:

5.3.1. Jesús carga con la cruz (Mc 15, 16-20; Mt 27, 27-32; Lc 23, 24-32; Jn 19, 16-17).

Según la costumbre, el condenado debía llevar el palo horizontal. El vertical solía estar ya colocado de manera fija en el lugar de la ejecución. En este camino Jesús es ayudado por Simón de Cirene, pues el condenado debía llegar vivo al lugar de la crucifixión, y Jesús había sido sometido a fuertes sesiones de torturas. Marcos presenta a Simón como testigo de los hechos: él y sus hijos debían ser conocidos en la comunidad cristiana para la que Marcos escribe; tal vez eran cristianos. Lucas lo describe como modelo de discípulo que sigue detrás de Jesús llevando la cruz.

5.3.2. La crucifixión (Mc 15, 24-28; Mt 27, 33-38; Lc 23, 33-34; Jn 19, 18-19)

La cruz era el suplicio que los romanos reservaban a los esclavos rebeldes, pues era un tipo de tormento terrible y al mismo tiempo infamante. Por eso, también la impusieron, como burla, a los agitadores políticos que se alzaban contra Roma. Jesús es crucificado “como rey de los judíos”. Era costumbre romana poner en la cruz un cartel (*titulus*) indicando el motivo de la condena. El letrero sobre Jesús decía: “*Jesús Nazareno, rey de los judíos*” –INRI-. Por otra parte, este cartel es como la “venganza” de Pilato contra los judíos, que han conseguido que condene a Jesús. Los evangelios, en cambio, ven una dimensión más profunda: en la cruz Jesús es realmente el “*rey mesiánico*”. Ahora queda claro cómo entiende Jesús su Reino.

Le crucifican “entre dos ladrones” –más probablemente “celotes”-. Es el cumplimiento de una profecía de Isaías (53, 12) sobre el Siervo de Yahvé. Lucas presenta a uno de ellos “convertido”, anunciando así la eficacia de la cruz de Cristo” (Lc 23, 40-43).

Se reparten sus vestiduras, según otra costumbre romana que permitía que los soldados que tomaban parte en las ejecuciones quedarse con las pertenencias de los reos. Pero también aquí Mateo acentúa el carácter *simbólico* del hecho, pues, es el cumplimiento de otra profecía (Sal 22, 19).

5.3.3. Burlas de la gente (Mc 15, 19-32; Mt 27, 38-44; Lc 23, 35-39)

Es de gran importancia porque se repiten las acusaciones que se hicieron en el proceso judío. Los que pasan -el pueblo y los sacerdotes- se burlan de Jesús echándole en cara su pretensión de destruir el Templo. Jesús en vez de triunfar ha sido derrotado por el Templo y por todo lo que él simboliza. Los jefes judíos recogen en sus burlas la pretensión mesiánica de Jesús, es decir, siguen pidiendo un “signo”: “*¡que baje de la cruz y creeremos!*”. Es el momento del triunfo aparente de su línea, frente a Jesús.

5.3.4. Las tinieblas y la muerte de Jesús (Mc 15,33-37; Mt 27,45-50; Lc 23,44-46; Jn 19,28-30).

Jesús se encuentra abandonado. Parece que el mismo Dios “ha dado la razón” a los que le están eliminando y no a Jesús. Según el evangelio de **Marcos y Mateo**, Jesús muere “gritando”: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*”. Es un grito que costó mucho “comprender” a la primitiva comunidad cristiana. Para entenderlo bien, podemos decir lo siguiente: Jesús expresa el desamparo por el “fracaso” de su tarea. La cruz parece suponer que el equivocado es Él, que el Reino tal como Él lo ha predicado no coincide con la “voluntad de Dios”. Expresa también este grito, la “angustia” del hombre justo e inocente que sufre injustamente. Es una idea que se encuentra con mucha frecuencia en el A.T. (Sal 73; Ecl 8, 14; y

sobre todo en el libro de Job, etc.). Jesús experimenta la angustia de ver cómo el bien no triunfa, y cómo Dios permite que esa situación se dé, sin intervenir directamente para evitarlo.

Pero en esta situación de “desamparo” Jesús no deja de confiar en Dios silencioso, incomprensible... Sin duda, aquí Jesús –en los momentos cumbres de su vida- descubre un rasgo “nuevo” de su Padre: Dios no interviene en la historia de los hombres para alterarla; no se presenta como el Dios “fuerte” que soluciona las cosas “a nuestra manera”. Dios aquí aparece como el Dios “débil” que se somete a la voluntad de los hombres.

“Estamos –como dice BOFF, L., *Pasión de Cristo, pasión del mundo*, Sal Terrae, Santander, 1980, p. 117- aquí ante la máxima tentación soportada y vivida por Jesús. La podríamos formular así: ¿Habría sido en vano todo mi compromiso? Es que no va a venir el Reino? ¿Habría sido todo una dulce ilusión? ¿No habrá entonces un sentido último para el drama humano? ¿Será que yo no soy el Mesías? Todos los proyectos que se pudo hacer Jesús, como hombre que era, habían quedado desmantelados; han caído en el más absoluto fracaso. Ahora se encuentra desnudo, desarmado, totalmente vacío ante el misterio.

Nos seguimos fijando con atención: ¿cómo se comporta Jesús en estos momentos? ¿Se aferra a una última imagen que le suponga consuelo, garantía y última seguridad? Nada de eso sucede. Jesús se entrega al misterio verdaderamente innominable. No se apoya en nada que no sea Dios. Sí, Jesús acepta hasta el límite su condición humana, y se entrega a la muerte para que se cumpla la voluntad de Dios.

Lucas suaviza en su Evangelio este duro final de Jesús, y afirma que muere entregando su espíritu al Padre (Lc 23, 46), tras haber pedido perdón para sus enemigos. Jesús, una vez más, confirma sus palabras con su propia vida. Habló de perdón y muere perdonando. Pidió a sus discípulos que perdonasen, y él perdona en la cruz a quienes lo torturan.

Y Juan indica en su Evangelio que Jesús muere afirmando que ha cumplido su misión: “*¡Todo está cumplido!*” (Jn 19, 30).

5.3.5. Los signos que acompañan a la muerte de Jesús (Mc 15, 38-39; Mt 27, 51-54; Lc 23, 47-48)

Estos signos fijan ya el sentido de la muerte de Jesús. (Hagamos una reflexión un tanto “teológica”):

.El velo del templo se desgarr. Este velo o telón grande que separaba en el interior del Templo las estancias más significativas, el “Santa Santorum”. Era, pues, un símbolo de la separación o entrada en lo más “sagrado”, en el corazón de la religión judía, dónde está por excelencia la “presencia” de su Dios. Cuando acaba de morir Jesús, este gran velo se “rasga”, se rompe, como queriendo manifestar que la presencia de Dios queda “abierta” y, desde ahora, toda persona puede tener, por medio de Jesús, acceso a Él. Así queda claro el sentido de su obra –entrega de vida-: la “ruptura” de este velo es la “respuesta” –de Dios- a la “acusación” –de los hombres- de querer “destruir el Templo” y a las “burlas” de los espectadores ante Jesús en la Cruz. Realmente, con su muerte en la cruz, Jesús ha “abierto” la entrada al “Nuevo Templo”, al encuentro directamente con Dios. “*El culto y la alianza antiguos quedan abolidos, pues Jesús trae la Nueva Alianza en su sangre para todos los hombres*” (Cfr Hb 10, 19-20).

.El centurión romano confiesa que Jesús es “Hijo de Dios”. Es precisamente un pagano importante -centurión romano- el que ha presidido y controlado la ejecución de la sentencia, el que reconoce ahora *¡quién es Jesús!* Corrige así la acusación de blasfemia del juicio judío y las burlas de los dirigentes religiosos. Efectivamente, Jesús es el Salvador, y lo es –precisamente- en la cruz. Si el signo de la “ruptura” del velo manifiesta el sentido de la obra de Jesús, la

“confesión” del centurión **proclama quién es Jesús**, manifiesta su ser, su “*identidad*”: “**el Hijo de Dios**”. A través de ambos “signos” se está indicando también que se acaba el exclusivismo religioso del pueblo judío, y que, todos los hombres, también los gentiles, están invitados al Reino de Dios en Cristo, Jesús.

5.4. Sentido de la muerte de Jesús:

“Salvación para la Humanidad”

5.4.1. ¿Qué sentido dio Jesús a su muerte?

Hemos dicho a propósito de la escena de Getsemaní, que seguramente Jesús, como hombre que era, no sabía “todo” lo que iba a pasar. Sin embargo, está claro que sabía que si iba a Jerusalén, su vida correría serio peligro. No hacía tanto que había muerto Juan Bautista, ejecutado por Herodes, y **Jesús sabía que provocaba reacciones** parecidas o peores en las autoridades. También conocía el destino trágico de los profetas que actuaban en nombre de Dios, como reflejan estas palabras que él dijo: “*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que él te envía...!*” (Mt 23, 37 y Lc 13, 34). Por tanto no hacía falta ser muy listo para dar como muy probable que si seguía actuando así..., lo eliminarían. Además, si Jesús no hubiera ido esos días Jerusalén..., habría sido como renunciar por su parte al Proyecto de anunciar y realizar el Reino de Dios. (Valga este ejemplo tan simple: hubiera sido como algo así de no presentarse a un examen en el último momento, después de haber estado preparándose en conciencia para él. O sea: no ser “coherente” con sus principios y criterios). Por eso, no le queda otra que... arriesgar su vida, y entrar en la “ciudad santa”. De ahí que sean, como una síntesis, estas palabras de un autor actual: “**Jesús entendió su muerte como el servicio último y supremo** que él podía hacer a la “causa” de Dios y a la “salvación” de los hombres” (PAGOLA, J.A., *Jesucristo, catequesis Cristológicas*, p. 30).

5.4.2. Sentido que dieron los primeros cristianos a la muerte de Jesús.

Los primeros cristianos (no olvidemos que eran de origen judíos) interpretaron la muerte de Jesús con ayuda de las Sagradas Escrituras, o sea del A.T. Así, para ellos, Jesús había muerto como muchos profetas, perseguidos y asesinados por decir la Verdad con valentía. Por ejemplo, leemos en Hechos de los Apóstoles estas palabras de Esteban dirigidas a sus compatriotas: “*¿Hubo algún profeta al que no persiguieran vuestros padres? Ellos mataron a los que predijeron la venida del único Justo, a quien ahora habéis entregado y asesinado...*” (Hch 7, 52). Sin embargo, para los discípulos de Jesús, la muerte en la cruz de su Maestro, en un primer momento, era un auténtico “escándalo”. Pensaron que Dios no estaba con él..., porque de lo contrario, habría hecho “algo” para evitar una muerte tan cruel, conforme una antigua frase judía: “*¡Dios no abandona al justo en el peligro!*”.

Sólo cuando experimentaron la Resurrección de Jesús, volvieron a creer que Dios *sí* estaba con él. Y aunque aún, les quedaba una pregunta difícil de responder: “*¿Por qué Dios se había quedado de brazos cruzados la tarde del Viernes Santo mientras Jesús agonizaba en la cruz? ¿Por qué permitió que “ganasen los malos”?*” (Bueno, como puedes comprender, esto último no lo dijeron así tal cual..., pero más o menos, creemos que “algo así debieron pensar...”). Entonces –con la ayuda del espíritu del resucitado– “re-leyeron” ciertos textos de las Escrituras (A.T.), que les sirvieron para encontrar una explicación a la muerte de Jesús. Hubo pasajes

especialmente significativos, como por ejemplo los capítulos 52 y 53 del profeta Isaías, que habla de la figura del **Siervo de Yahvé**, un hombre inocente que sufriría por los “pecados” y “culpas” de todo el pueblo. Ahí veían reflejado a Jesús. Y así, pues, le aplicaron esos “textos”, y comenzaron a “afirmar” que **Jesús había muerto por los pecados** de todos los hombres, para nuestra Salvación. En San Pablo leemos por ejemplo: “*En Cristo estaba Dios reconciliando el mundo consigo y no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres*” (2Cor 5, 10). Y, en otra de sus cartas dice también: “*De la muerte sacrificial de Cristo, Dios ha hecho, para el que cree, instrumento de perdón*” (Rom 3, 25). Y, una más: “*Cristo murió por nosotros, que éramos pecadores. ¿Puede haber mayor prueba del amor que Dios nos tiene?*” (Rom 5, 8).

En resumen, podemos ver cómo también el evangelista Marcos pone en boca de Jesús unas palabras que responden a la pregunta que se hacían sobre la muerte en la cruz: “*Esta es mi sangre, que va a ser derramada a favor de todos*” (Mc 14, 24).

Así, tras una reflexión desde las Escrituras, llegaron a esta fórmula: “**¡Jesús murió para salvarnos del pecado!**” Y este es el sentido que estos primeros seguidores de Jesús descubrieron en su muerte.

5.4.3. ¿Y Cómo entender hoy la muerte de Jesús como “salvación”?

Acabamos de decir que “**Jesús murió por nuestros pecados**”; pero esta fórmula tiene sus “riesgos” en nuestros días, y sobre todo, si no se “entiende” bien. En efecto, en la Edad Media fue llevada al extremo por ciertos “teólogos”, como por ejemplo San Anselmo, que lo manifestaba en unos de sus escritos más o menos así: “*Cur Deus homo*” (que traducido viene a ser: =“*por qué Dios se hizo hombre*”).

5.4.3.1. Explicación un tanto “tradicional”: Según San Anselmo, tras cometerse el *pecado original*, se abrió un abismo infinito entre Dios y el ser humano. Al ser Dios infinito, la “ofensa” era “*infinita!*”. Dios quedó “airado” (muy ofendido). ¿Quién sería capaz de “*aplacar la ira de Dios*” (esta era la expresión que se usaba tradicionalmente) y *ofrecerle una “reparación”* para arreglar el daño causado? El hombre por sí sólo no podía salvar esa separación o “abismo infinito”. Entonces, Dios tomó la iniciativa y se hizo hombre, *se encarnó*. Al ser Jesucristo, a la vez Dios y hombre –dice nuestro teólogo- podía volver a unir (“*reconciliar*”) a ambas partes: al ser Jesucristo “Dios” su sacrificio salvaría esa separación infinita (de la que hablábamos), y al ser “hombre”, con su muerte “repararía” la ofensa hecha a Dios por el género humano al principio de la Historia. Por eso, la *sangre* de Jesús aplaca la ira de Dios y *limpia* nuestros pecados, en una especie de “rescate”. Es decir, **la muerte de Jesús** es un *sacrificio que agrada a Dios*, y por eso nos perdona las ofensas –pecados- hechos desde el origen.

Al resumir demasiado, probablemente aparezca algunos rasgos un tanto “desvirtuados”. San Anselmo los explica y “matiza” mucho más. Aún así surgen algunas preguntas –desde nuestra mentalidad teológicas”, como por ejemplo:

¿Es que Dios es una especie de *sádico*, que necesita la “sangre” de alguien (como “regalo”) para aplacarle? Incluso más: ¿se “alegra” cuando alguien da su sangre por él? ¿Exige vidas humanas, como los antiguos ídolos a los que se les hacían “sacrificios humanos”?

¿No da la impresión -desde esta concepción- que lo único que importa es la “muerte” de Jesús? ¿Y, entonces, dónde queda “el resto de su vida”..., y su resurrección? ¿Dónde queda el anuncio del Reino, su predicación sobre Dios como Padre bueno e infinitamente misericordioso...?

Antes de seguir leyendo estos “apuntes”, sería bueno que pensaras un poco en estas –y otras- “cuestiones”; y, sobre todo, ¿qué respuestas les darías? ...porque, en el fondo, esta *explicación*

(que acabamos de exponer –un tanto “tradicional”–) es la que durante siglos ha predominado entre los cristianos (y seguramente la que algunos hemos recibido en nuestra Educación en la Fe...). ¿Nos siguen satisfaciendo? Ten en cuenta que de aquí se deriva toda una “espiritualidad”, una manera de vivir la relación con Dios –y con los hombres–.

Fíjate, por ejemplo ¿alguna vez te has preguntado por qué en las celebraciones tradicionales de Semana Santa predominan los elementos que destacan, sobre todo, la *sangre, la muerte, el sufrimiento, el dolor...*, y *no la vida y la resurrección?* (¡Cuántos pasos, imágenes, escenas, etc., que expresan, sobre todo, lo “macabro” y “tétrico”...!). Eso ya lo intuyó el poeta Antonio Machado cuando escribió su famosa saeta (por cierto, para este poeta “mar” casi siempre significa *muerte*, por lo que “andar sobre la mar”, podría ser *resurrección*):

Oh la saeta, el cantar,/ al Cristo de los gitanos /siempre con sangre en las manos,/ siempre por desenclavar...

Oh, no eres tú mi cantar,/ no puedo cantar ni quiero/ a ese Jesús del madero/ sino al que anduvo en la mar...

5.4.3.2. Explicación desde una teología más actual:

Algunos de los mejores teólogos actuales explican la muerte de Jesús de esta otra manera... (por ejemplo Luis GONZÁLEZ CARVAJAL, en *Esta es nuestra fe. Teología para Universitarios* (un libro muy interesante para ti en especial). Continuando con nuestra reflexión hay que decir que: en realidad **lo que nos salva** (o sea nos “reconcilia” con Dios, o nos abre el camino de la felicidad y de la realización humana en plenitud) **es toda la vida de Jesús**. El hecho mismo de que Dios nos haya querido tanto como hacer que su Hijo se *encarnarse* en nuestra realidad y querer ser persona humana..., es lo más importante. Dios-Padre *no* es una especie de *sádico* que quiere *sangre*; sino que más bien es un **Padre** que nos ama tan entrañablemente como para querer compartir lo que somos, identificarse con nosotros, hasta ser uno de nosotros.

Por eso, desde que nace Jesús, podemos decir que estamos *salvados*: “*Tanto amó Dios al mundo- dice San Juan en su Evangelio- que le entregó a su Hijo Único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues no envió Dios a su Hijo para condenar al mundo, sino que por medio de él se salve el mundo*” (Jn 3, 16-17). Pero, además, es muy importante todo lo que Jesús hizo y dijo, ofreciendo un nuevo modelo de vida feliz, el Reino de Dios, y comunicándonos cómo es Dios de verdad.

Sin embargo, la *oferta* de Jesús –de salvación, de realización según el Plan de Dios- fue rechazada por los poderosos de su tiempo (y probablemente por los de ahora y de siempre). Les molestó... y le mataron (así de sencillo y de grave). Pero, entonces... (como antes se insinuaba), **no fue Dios** quien lo mandó a la muerte, **sino los hombres** los que provocaron su muerte. Cierto que Dios “¡permitió!” esa entrega (=muerte); no actuó para “impedirlo”; pero por una razón muy sencilla: porque Jesús era “hombre” con todas las consecuencias, y también con todas las limitaciones. Si Dios hubiera “salvado milagrosamente” a Jesús en el último momento, habría traicionado su proyecto: hacerse *ser humano de verdad*. (Sólo en las películas más fantásticas ocurre que los “buenos” se “salvan” –o son “salvados”- en el último momento por arte de magia). Jesús era *hombre* con todas las consecuencias y Dios-Padre fue “coherente” con ello hasta el final de su vida. **No actuó el Padre** porque no podía –y si podía no quería- hacer “magia”, ni trampas, no guardaba “cartas marcadas” en la manga para con su Hijo. Lo quisieron matar, y lo mataron –a muy pesar de Dios- como suele pasar en la vida real con demasiada frecuencia... luego, Dios fue “Dios”, y Jesús –su Hijo- fue “hombre ... hasta la muerte”.

Sólo después (y esto es muy importante: “sólo después”...), **Dios-Padre actuó**: rompió su silencio... y resucitó a su Hijo, dejando claro que **Jesús tenía razón**, y no los dirigentes

religiosos y políticos, que le condenaron a muerte. Por eso, sin la resurrección, sería “absurdo” decir que la “¡muerte sola” de Jesús nos *salva!*

Ahora ya podemos acercarnos a responder a las preguntas planteadas anteriormente:

.Dios no es ningún “sádico”, sino un **Padre infinitamente bueno** (lo que había dicho Jesús) que quiere apoyar la condición humana y mostrarnos en Jesús el *camino* de la Humanidad Nueva y Feliz. No fue Dios Padre el que quiso la muerte de Jesús, su Hijo, sino fuimos los hombres, con una actitud de rechazo, los que causamos el mayor Mal. (Dios, a lo más “permitió” esa muerte, porque había elegido que Jesús fuera “humano con todas las consecuencias”, pasara lo que pasara...) Otro teólogo actual, J. GONZÁLEZ FAUS, escribe que “**la cruz no fue un proyecto de Dios, sino algo así como “un terrible accidente laboral” que sufrió Jesús**”.

.Lo que nos “salva” no es un momento –la muerte– de Jesús, sino todo el conjunto de su **vida**: su encarnación, su mensaje, su actuación, y por supuesto también la muerte, que fue la entrega final, la culminación de su vida,... **y su resurrección**. Por tanto, insistimos, no es sólo el momento “aislado” de su *muerte*. Su muerte no “aplaca” ninguna “ira” de Dios, sino que es coherente con el resto de su vida: entrega máxima y llena de amor a los seres humanos.

Y, ahora, si lo ves oportuno, vuelves a reflexionar, antes de seguir leyendo, sobre todas las **consecuencias** de estas ideas últimas, y lo que cambia –probablemente– del “concepto”, que podías tener sobre la “muerte de Jesús” y el papel que jugó Dios-Padre en ella.

Ten en cuenta todas las imágenes “preconcebidas” sobre Dios, asociadas a ese concepto de un “Dios un tanto justiciero y sádico” (como en más de una ocasión oímos: “*ten cuidado, que Dios te va a castigar...!*”).

Y una última cosa más: como ya has podido intuir, “la muerte de Jesús **no es...** sólo –y simplemente– como la muerte de cualquier “buena” persona (cualquier “justo” y/o “inocente”)... quitada del medio de una forma violenta (Dígase: Gandhi, Luther King, Oscar Romero y tantos y tantos...), su muerte (=entrega) **es... “algo más”: es la muerte del Inocente** que se da por toda la Humanidad”.

-Pues, te preguntarás: ¿dónde está la diferencia “fundamental” ?...

La respuesta es (como ya sabes): en su “**resurrección**”! He aquí lo que aporta el carácter “sustancialmente” distinto de una a otras muertes.

-Pues...;¡veamos en qué consiste eso de la “**resurrección**”?.